



LOS HIJOS DE UN TRAIOR,

Ó LOS PRESOS DEL ALCAZAR DE SEGOVIA.

Niños! la desgracia de que voy á hablaros es verdaderamente digna de piedad, y tan grande que la historia, mármol en que se graban con el mismo buril la gloria y la ignominia, el infortunio y la prosperidad, la tiene escrita en una de sus páginas. Es la calamidad que ha recaído sobre las cabezas de tres niños, de tan corta edad como vosotros. Los que vuelven la hoja en la cual este grande infortunio está consignado, se sienten entristecidos con su lectura; y no me cabe duda que vosotros sobre todo, tan juguetones, tan amantes de vuestra

atolondrada libertad, de vuestras correrías estrepitosas y de vuestros largos paseos, luego que conozcáis á mis pobres prisioneritos, os compadecereis de ellos, porque sois buenos, y exclamareis: ay! pobres niños! han sido muy desgraciados, y sin embargo no era su delito el que pagaban tan caramente. Escuchadme pues.

En 1343, habia ya nueve años, que un día unos niños de muy corta edad, habian sido arrancados de los brazos de su madre, y conducidos con grande acompañamiento de archeros, y hombres armados al castillo de Cuellar, donde habian sido recibidos en una de las torres. Ciertamente al verlos escoltados por tan gran cavalgada de hombres, al ver todas las precauciones que se tomaban para guardarlos bien, se habria podido pensar que aquellos niños eran culpables de un crimen muy atroz. De un crimen muy grandel el mayor tenia cuando mas de ocho á diez años!

No pasó mucho tiempo sin que se hubiera encontrado que el castillo de Cuellar no era bien seguro para tales presos, y se les habia trasladado al Alcazar de Segovia, carcel discreta y silenciosa, que habia ya recibido, sin dejar que nada se supiera esteriormente, la tristeza de la infanta doña Isabel, encerrada allí por su hermano Enrique IV.

Allí, allí era donde estaban aquellos niños habia ya muchos años, ignorando lo demas del mundo, no sabiendo mas paseo que el patio del Alcazar, patio sombrío y verdinoso, porque la yerba crecia allí por todos lados, y los pies que la hollaban no eran bastante numerosos para arrancarla, y sin conocer mas horizonte que el diminuto y estrecho que su vista iba á buscar furtivamente escapándose por las barbacanas del torreón que les servia de morada. Oh! pobres pequeñuelos! no tenian como vosotros, hijos míos, esos bellos jardines, que os alegran, y hacen que salteis, que corrais, y que riáis locamente; no, para ellos todo era sombrío, todo triste, todo vacío. En medio de esta tristeza de todo el conjunto, se oían de cuando en cuando penetrar algunas muestras de la sencilla infancia, llenas de dulzura; pero en aquel castillo, duro y ceñudo, la risa parecia tan inoportuna, tan fuera de su lugar, y las altas murallas negras, que estaban habituadas á no enviar al eco mas que quejas ó la estertorea agonía, recibían la risa con tan poca gracia, que muy pronto moría la alegría, y la soledad, el vacío y la amargura, recobraban en aquel lugar su puesto acostumbrado, llenos de admiración de haber sido alejados un momento. Para aquellos pobres niños la alegría era rara, era un relámpago que venia á iluminar un instante sus enflaquecidos rostros, para dejarlos luego mas pensativos y tristes.

Aun si hubieran tenido consigo á su madre, su madre

para que los cuidase, para formarles una existencia, una vida, un pensamiento! pero no; jamas tenian ante sus ojos mas que los rostros frecuentemente llenos de cicatrices, y á veces horribles de los hombres armados que los custodiaban y las de los sirvientes, enteramente insignificantes. Sin duda en medio de esas figuras las habia menos desagradables que las otras; estas eran las de los señores Pero Jimen, y Dávila, escudero, guardian del castillo, y del capellan del Alcazar de Segovia; mas todas las caricias que les hacían, y servicios que les prodigaban no tenian para los pobres niños el valor que habria tenido una sonrisa de su padre. De sus padres! pobres chiquitos!

Mas cuál podia pues ser el crimen que los retenia asi en esta espantosa prision? Su crimen ellos mismos no lo sabian, vamos á saberlo nosotros al mismo tiempo que ellos.

Una mañana del año de 1343, los jóvenes presos se habian levantado mas tristes que de costumbre; se habian mantenido insensibles á las caricias benévolas del Sr. Pero Jimen y del capellan, que segun su costumbre de todas las mañanas, habian venido á visitarlos; y en lugar de bajar á dar su paseo por los patios, todos tres en su cuarto del torreón, mirándose con las lágrimas en los ojos, y dispuestos á llorar. El dia anterior, el buen capellan habia obstinadamente rehusado decirles el secreto de su nacimiento y la causa de su prision; solamente les habia explicado que su madre, que ellos no conocian, estaba presa como ellos y desde el mismo tiempo. Oh! que necesidad tenian de estar solos y de hablarse sin testigos! Sin embargo el capitan y capellan habian salido, los que los servian se habian retirado, y ellos permanecian allí, todos tres abatidos sin atreverse á romper el silencio.

—Juan, hermano mio, dijo en fin Roberto el más joven de los tres, volviéndose ácia el mayor, tu has conocido á nuestra madre, dichoso tú! te acuerdas de ella?

—Apenas, respondió Juan, ¡era tan niño!

—Cuán desgraciada debe ser al verse presa y no vernos, replicó Roberto vertiendo lágrimas.

Y todos tres lloraron en silencio por algun rato.

—No lloremos asi, hermanos, dijo Juan con firmeza, despues de haber enjugado sus lágrimas; si nuestra desgracia es grande, mas necesitamos valor. Mirad, no sé, añadió al cabo de un rato, pero sospecho que debemos ser de raza noble, y no nos conviene entregarnos asi al dolor.

—Tu crees, hermano, que somos de familia de ricos-hombres?

—Si, hay aqui un lujo de encarcelamiento, que me hace pensar algunas veces... Sabeis, hermanos, aquella crónica escrita por un monge, y que el capellan ha hecho que apren-

damos á leer. Pues bien, yo he hojeado con frecuencia esos volúmenes y he visto dentro que algunas veces hijos de reyes ó de príncipes habian sido puestos en una prision como la nuestra, y retenidos distantes de la corona, á la cual habrian podido pretender, por un mal pariente ó cualquiera otro que de ella se habia apoderado.

—Oh! repuso Santiago, el segundo en edad, abriendo tanto ojo, si fuese asil.... mas porque lo imaginas?

—Escucha, hermano, ya ves que pronto tengo diez y siete años, y ademas este libro de historia que he leído, me ha enseñado muchas cosas, y hay aqui mas de un modo de obrar con nosotros que me hace creer....

—Pero qué, te digo?

—Primero todos esos ballesteros que nos guardan, y que diariamente están apostados sobre la muralla, y despues el rico atavio que nos ponen, y esos estudios que nos obligan á hacer de tiempo en tiempo, del arte de la guerra, y despues esos numerosos criados empleados en nuestro servicio; todo eso, bien ves hermano, no lo harian con los hijos de un plebeyo ó de un cualquiera, y esto es lo que me hace pensar que somos de elevada esfera y condicion.

—Bueno, Juan, exclamó aturdidamente Roberto de que nos sirve eso si no podemos salir de este infame castillo, é ir á abrazar á nuestra madre?

—En la historia que he leído, se han encontrado vengadores que han puesto en libertad á los niños retenidos presos, y bien podria suceder que nosotros tuviésemos tambien el nuestro en su dia.

—Conviene no omitir nada hasta saber quienes somos, no es asi Juan? exclamó Santiago con calor.

—Sin duda. Mas qué? el señor capellan que es tan bueno, nos rehusa constantemente una explicacion, y tu sabes que ayer todavia nos decia: por la Virgen! niños, juro, que mi boca jamás será la que pronuncie delante de vosotros el nombre de vuestro padre.

—Es verdad, dijo al punto Roberto, y yo le oí decir en voz baja; os amo mucho para decir eso.

—Estás cierto, de que dijo esas palabras hermano?

—Fijo.

—¿Qué misterio extraño hay oculto pues en todo esto?

Y Juan se puso á reflexionar: sus dos hermanos guardaron silencio, fijando su vista sobre el mayor, como si hubiesen aguardado de él alguna explicacion que pudiese hacerlos salir de la duda cruel en que estaban.

—Es menester saber. Es preciso replicó de pronto Juan: escuchad.... No teneis monedas como estas?

Sacó de su bolsillo un puñado de escudos.

—Las tenemos, respondieron los dos hermanos.

—Estamos á salvo, por Dios y los santos! exclamó Juan con vehemencia; todo lo sabremos. Se me ha dicho que monedas semejantes solo las tienen los ricos; así que los que no lo son se alegrarán poseerlas; se las daremos á un arquero que cantára de plano.

—Luego los arqueros y ballesteros no son ricos? preguntó sencillamente Roberto.

—Creo que no, respondió Juan todo consternado con esta reflexion de su hermano. Con todo haremos una tentativa.

En este momento entraron los sirvientes trayendo la comida de los presos, é interrumpieron su conversacion.

—Esta noche, dijo Juan en voz baja.

Despues fueron á sentarse á la mesa que se les habia preparado.

A la noche, en el patio, los centinelas que habian terminado su turno descansaban; y los unos permanecian aislados en algun rincon oculto, jugando á los dados algunas monedas; los otros se divertian de otro modo; y otros dormian tambien ó bostezaban, y todos se quejaban del tedio de una inaccion semejante á la suya, y hablaban con calor de las guerras y los combates de aquellos tiempos de revueltas civiles.

—Vive Cristo! decia uno de ellos á otro hombre armado, que estaba sentado á su lado, creo que el rey nuestro señor, no piensa cueradamente en dejar así hombres como nosotros en este mal castillo, sombrió como el reino de Satanás, en tanto que se cabalga por todas partes, que está abierta la campaña en Castilla y que los confederados nos dan que hacer en todas partes.

Eso es hablar como un buen guerrero, compadre, decia otro y por mi parte, aunque tuviese que recibir mas trompazos que santos hay en el cielo, mas quisiera ir á un buen combate que permanecer aqui guardando estos niños, menos dañosos los tres juntos, que uno de los galopines del cocinero del rey nuestro señor.

—Basta! basta! mi amo, exclamó un recien venido: no digais nada de esos niños, pues yo los quiero. Son tan desgraciados? No hagáis como un cualquiera, para que padezcan al veros despreciar á su padre, el....

—Por cierto, mi balletero, vuestra lengua es demasiado larga y podrá seros perjudicial si no teneis cuidado. Mirad sino á vuestra espalda.

Y el capellan que habia llegado á tiempo para impedir al hombre de armas que se le soltase un nombre que estaba prohibido pronunciar, le mostraba los niños que salian del torreón y venian ácia el patio.

—Cuidado os digo, continuó el capellan y en seguida dejó el hombre de armas murmurando por lo bajo;

—Por Dios! no se porqué se les ha metido en la cabeza ocultar el nombre de su padre á esos pobres niños que tanto desean saberlo.

Sin embargo, los niños andaban por medio del patio paseándose, corriendo ó queriendo jugar; pero su ojos estaban exánimes y místios, un pensamiento mas serio les ocupaba. Era menester hallar alguno que les enseñase lo que se les encubria con tanto esmero.

Viendo que no se les observaba ya, Juan fué el primero que se detuvo.

—Hermanos, dijo á los otros, sabeis mi proyecto; voy á procurar ponerlo en práctica.

—Vé, Juan, y que Dios te proteja!

Despues se separó de sus hermanos, y se acercó á los hombres de armas. El que hemos dejado murmurando continuaba todavia.

—Sí, lo juro, mirad, si me preguntan todo lo que aqui se les oculta se lo digo á esos pobres niños! no tendria firmeza para rehusarme; porque es...

Iba á concluir, cuando sintió que le tiraban de la manga de su gaban. Era Juan, que colocado detrás de él mientras que hablaba, todo lo habia oido y venia á rogarle cumplierse su promesa.

—Buen arquero! decia Juan en voz baja trayendo el soldado ácia si, os he oido hablar poco ha, y habeis jurado decirnos, si lo preguntábamos, el secreto de nuestra prision.

—Sí, por Dios! lo he dicho y lo haré... mas...

—Oh! seguidamente tomad, quereis esto? sera para vos; pero hablad! hablad!

Le daba un pañuelo de escudos, y le hablaba siempre llevándole hácia uno de los ángulos del patio donde sus hermanos le aguardaban.

—Pues bien! dijo Juan cuando hubieron llegado, veamos, ya te escuchamos. Dinós lo que nos retiene aqui.

El hombre de armas se vió embarazado.

—La justicia del rey Enrique IV, dijo en fin.

—Ah! es la justicia del rey, replicó Juan admirado, mas por qué delito?

El soldado pareció que buscaba un medio de decirlo todo sin ofender en nada los niños que el amaba, por último decidiéndose:

—Vuestro delito, dijo, es que vuestro padre es un.... Oh! no puedo decirós mas hoy, continuó, veo que vienen el señor capellan y el señor Pero Jimen y habria para mi un castigo de

arresto á pan y agua, porque desobedezeó. Mañana lo sabreis todo y será mejor, añadió mas bajo, á lo menos tendré tiempo de prepararme para decirles todas esas cosas.

—Para mañana pues, dijo Juan.

Y el hombre de armas se retiró.

—Dios mio! qué grande es nuestra desgracia! Todo lo sabemos á saber, y aun no será hoy todavía.

Los tres presos se recogieron en su castillo todavía mas tristes y mas meditabundos que lo habian estado nunca.

Al día siguiente, el hombre de armas fue exacto en acudir á la cita y los niños no se hicieron esperar. El día les habia parecido tan largo! Luego que se colocaron en un rincon bien retirado, los niños rodearon al soldado, se recogieron y guardaron silencio para escuchar.

—Veamos, dijo Juan.

—Mis buenos señores, empezó á decir el hombre de armas con su sequedad habitual, vuestro padre es un traidor, que ha delinquido contra el honor y por eso estais aquí.

—Impostor! exclamó Juan con vivacidad, y por un movimiento natural llevó la mano á su cintura como para buscar un arma, mientes!

—Olal queréis saber señor; juro que os digo la verdad.— Escuchadme pues, ó me retiro.

—Continuad, repuso Juan, y quedó lleno de abatimiento.

—Sabed pues, que hay en el reino de Castilla una órden militar que llaman de Calatraba y que de esta órden es comendador vuestro padre, conde de Olmedo ademas; por eso, luego que fué mayor de edad, pidió que se le restituyese este condado, porque se le habian dado á Catalina de Sandobal, querida que fué del rey su pariente y el pretendia que porque su tío no habia tenido pariente mas en linea, el condado de Olmedo le tocaba directamente. Sin embargo su demanda no fué atendida. Se le excluyó porque su peticion no era justa, y el que era jóven, valiente, muy belicoso y amigo de la guerra, reunió una gran fuerza de gente armada y quiso á porrazos y estocadas ampararse por la fuerza de lo que creia hacer parte de la herencia. Una sentencia arbitral del rey D. Juan II nuestro señor, que mandaba entonces el reino, lo deshaurió enteramente de su peticion, y pareció probado de tal modo que no le correspondia el condado de Olmedo, que hizo variar de camino á los guerreros y se retiró á su estado de Cuellar.

Parecia que vuestro padre no pensaba mas en sus pretensiones sobre Olmedo cuando al advenimiento al trono de nuestro señor y rey Enrique IV las renovó todas. Mas el rey hizo justicia y le negó nuevamente la villa de Olmedo.

Aquí la historia empezó á ponerse fea, señoritos, continuo?

—Acabad, dijo Juan con aire resuelto; acabad.

—Algun tiempo despues, continuó el hombre de armas, el rumor de la muerte de Catalina de Sandoval, se difundió por todas partes y los facultativos declararon que habia muerto envenenada. Se sospechó de alguno sobre este crimen, pero no hubo pruebas.

Los pobres niños escuchaban en silencio, con la cabeza baja, como delincuentes que esperan su sentencia. Pero querian saber y el soldado continuaba.

—Por esta muerte, hallándose vacante, el condado de vuestro padre, hizo nuevas reclamaciones. Le admitieron á probar sus derechos; mas se juzgaron mas débiles que los de la hija de Catalina que fué reconocida condesa de Olmedo. Partió en seguida á tomar posesion de su herencia. Se preparaban grandes y bellas funciones por todo el pais, la alegría era general y grande el entusiasmo; mas la pobre señora no vió las funciones y no oyó las canciones de sus vasallos, porque cayó en una enfermedad convulsiva, en Roa, y murió muy pronto horrorosamente atormentada. Y los médicos declararon tambien que el veneno era la causa de su muerte, y aquel contra quien habian caido las sospechas, lo fué igualmente en esta ocasion.

—¡Quién era pues el que se creia tan malvado? preguntó con interés Roberto, el mas pequeño de los tres.

—Oh! no le contesteis, os lo ruego! exclamó Juan, y en seguida se calló y recogio de nuevo.

El pobre niño se habia enterado.

—Cuando hubo muerto la segunda condesa de Olmedo como os he dicho, pasó el condado á su hija Juana y fué reconocida. Pero ved aquí que vuestro padre que habia ido á pasar una temporada á su castellania de Cuellar, volvió trayendo cuatro cartas con conformacion de Enrique IV, que le aseguraban la posesion del condado de Olmedo. La cosa pedia ser examinada, y se examinó escrupulosamente y se reconoció que las cuatro cartas....

—Bien! dijo Juan que parecia deborar las palabras del hombre de armas, las cuatro cartas?...

—Eran falsas, hijos, el sello que en ellas se habia puesto habia sido arrancado á otras cartas y puesto á estas oh! este era un mal negocio, y ademas se esparcian feos rumores acerca de monseñor vuestro padre, se decia, perdonadme monseñores. Mas se decia, que habia tenido trato para este negocio con una muger que hacía sortilegios, y que en fin, en todo esto habia magia. Oh! fué un clamor general contra él, el rey nuestro señor lo hizo citar cuatro veces para que compareciese ante él ante su consejo, mas se obstinó en no

comparecer. Sin embargo, la hechicera de que os he hablado y que habia forjado las cartas, fue presa. Se llamaba la Divion y era la muger de un judio de Toledo llamado Daniel Seos. El verdugo preparó para ella los tormentos y en ellos confesó su comercio infame con Satan. Fué condenada el 6 de octubre del año 1331, y quemada en la gran caldera de la plaza del mercado de Valladolid. El dia de esta egecucion, habia tanto pueblo en la plaza para ver quemar aquella endemoniada hechicera, que los arqueros del Justicia mayor fueron repulsados tres veces por la multitud. Y cuando la hija de Satanás quedó oculta entre las llamas, el fuego tomó tantos colores extraños y esparció un olor infernal. Todavía me espanto cuando me acuerdo. Hay mas, una criada judia tambien, llamada Séfora Raquel, su sirviente, fué tambien presa y confesó como su ama, y como ella fué quemada en la misma plaza. Despues fueron comprendidas otras personas en este negocio y entre...

—Y nuestro padre, preguntó uno de los niños.

—Vuestro padre? citado cuatro veces ante el Rey y no habiendo acudido nunca, despues de las proclamas hechas por los heraldos en la castellanía de Cuellar, se reunió el consejo del rey y constituyendo el tribunal, pronunció contra él el viernes de pasion del año 1332 un decreto que lo desterraba del reino y confiscaba sus bienes.

—Pero dónde está? qué hace? preguntó con viveza Juan.

—Donde está? en Avila con los confederados, ¿qué hace? combatir contra los castellanos, ni mas ni menos que si fuesen sus enemigos. Primero despues de su condena, se habia retirado al lado del rey de Francia, mas en 1334 el rey de Francia le ofreció el condado y en cambio vuestro padre le vendió su brazo.

—Oh! exclamó Juan.

—Teneis razon monseñor, yo olvido siempre que hablo á sus pobres hijos. Sí, estuvo en Francia desde 1334, desde que estais presos, y desde entonces sabe dar en qué entender á las tropas castellanas. Ahora tambien está en Avila con los enemigos del rey, que le han depuesto en estatua, y proclamado rey de Castilla al infante D. Alfonso, aun niño.—Ved aqui señores, que todo os lo he referido, quizas con alguna dureza, pero perdonadme. Ya veis que todo vuestro crimen es ser sus hijos.

El hombre de armas se levantó y dejó los tres niños confundidos con la impresion que hacia en ellos lo que acababan de oir, su padre un traidor y quizás un asesino! cuando todavia aquella mañana se lo figuraban tan bello y tan rodeado de gloria y de honores! Ciertamente debió ser un desencantamiento bien triste para semejantes niños, y sobre todo para el

mayor que en su posición se había acostumbrado á pensar con mas madurez.

Permanecieron un gran rato en el mismo sitio, y no pensaron en levantarse de allí hasta que los obligó la noche á recogerse.

Luego que volvieron á entrar en su estancia se miraron todos tres en silencio y se abrazaron llorando.

El día siguiente estaban ya levantados, porque la noche había sido demasiado larga para ellos, que por la vez primera tal vez la habían pasado sin dormir, cuando el señor Pero Jimen y Dávila entró con semblante sério en su habitación, seguido de criados que llevaban vestidos de luto.

—Mis pobres niños, les dijo, es preciso cambiar vuestros vestidos por estos.

—Qué quiere decir esto? preguntó Juan lleno de inquietud.

—Monseñor, vuestro padre ha muerto, respondió el Pero Jimen, ha muerto de resultas de una batalla que se ha dado en los campos de Olmedo en donde el rey Enrique IV acaba de batir á los rebeldes.

Después se retiró discretamente con los criados, dejando los vestidos de luto en la sala.

—Nuestro padre ha muerto, exclamaron los niños.

—Sin haber tenido tiempo de lavar su mancha! continuó Juan.

Y todos tres se pusieron á llorar.

El padre de estos niños, se llamaba D. Juan Manrique de Lara, conde de Cuellar; su madre Juana de Osorio, condesa de Cuellar.

Pobres niños! el año de 1347 los vió aun en aquella torre del Alcazar de Segovia, solamente que en esta época habían aumentado hasta veinte el número de las personas empleadas en su servicio. Este era el grande honor que se les hacía. Después cuando la reina doña Isabel llamada la Católica, sucedió á su hermano Enrique IV, hubo una gran promoción de caballeros y entre los jóvenes señores que recibieron las espuelas en aquel día, se vió á un joven cuya cara pálida estaba seria. Este nuevo caballero se llamaba Juan Manrique de Lara y algunos meses después se llamó tambien el conde de Olmedo, la reina le dió este patrimonio que acababa de quitar al que lo tenía, acusado de traición y decapitado con proceso en el castillo de Zamora.

M.

HISTORIA SACRADA.

LA BURRA DE BALAN.—MUERTE DE MOISÉS.

El día veinte del segundo mes del segundo año después de la salida de Egipto, los israelitas dejaron el desierto de Sinai, marcharon durante tres días, precedidos del arca de la alianza. Entonces empezaron á murmurar contra el Señor á causa del cansancio que experimentaban. Dios irritado, quemó una parte del campo; pero las quejas continuaron, porque los hebreos no tuvieron mas que el maná por todo alimento, siendo así que en el Egipto tenían peces y legumbres.

Moisés imploró al Señor, que le dijo:

—«Reune setenta de los ancianos de Israel, aquellos que tu sepas que son los mas experimentados y los mas á propósito para gobernar, y condúcelos á la entrada del tabernáculo de la alianza. Yo descenderé para hablarlos, yo les daré la fuerza necesaria para ayudarte á dirigir el pueblo.»

Dios hizo en seguida que soplase un viento muy fuerte, el cual llevó al campo una cantidad innumerable de codornices.

Después de esto, el pueblo continuó su viage y fué á levantar sus tiendas en el desierto de Pharan. Moises envió doce hebreos para reconocer la tierra prometida. Volvieron cuarenta días después y digeron que habian hallado aquel pais admirable, pero que estaba habitado por pueblos numerosos y muy fuertes.

Sabiendo esto Israel murmuró.

—«No podemos, dijo, ir á combatir ese pueblo, porque es mas fuerte que nosotros. Ojalá hubiéramos muerto en Egipto! Elijamos un gefe y volvámonos allá.»

Josué y Caleb procuraron apaciguarlos, mas ellos quisieron apedrearlos.

El Señor se indignó de esta sublevacion y resolvió castigarlos.

—«Los que han visto el esplendor de mi magestad y los milagros que yo he hecho en el Egipto y en el desierto, y que á pesar de esto no han obedecido mi voz, no verán la tierra que yo he prometido con juramento á sus padres. Así ninguno de vosotros entrará en ella, esceptuando á Josué y Caleb; mas yo conduciré á ella á vuestros hijos pequeños.»

Moisés repitió estas palabras al pueblo. Los hebréos, impulsados por el demonio á la desobediencia, salieron del campo y subieron sobre la montaña habitada por los ansalonitas y los cananeos. Estos bajaron contra ellos, los derrotaron y los persiguieron hasta Horusa.

El pueblo de Israel olvidando á cada instante las bondades del Señor para con él, se sublevaba sin cesar y escitaba su cólera; despues cuando se veia castigado se arrepentia.

Aaron murió sobre la montaña de Hor. Poco tiempo despues, los hebreos consiguieron una gran victoria contra los cananeos y destruyeron sus ciudades.

El hambre y el cansancio les hicieron volver á murmurar. Dios envió contra ellos culebras que mataron é hirieron á muchos. Moisés rogó al Señor que los perdonase.

—«Haz una serpiente de bronce, le dijo el Todo-poderoso y ponla para servir de señal. Todo el que esté herido por las serpientes quedará sano si la mira.»

Los hebreos continuaron su camino y llegaron cerca del pais de los amorreos. Moisés envió á pedir á Sehon, su rey, el permiso de pasar por sus tierras; este lo reusó y puso un ejército en campaña para marchar contra ellos: mas fué derrotado y los israelitas se apoderaron de su pais.

Balaac, rey de los moabitas, quiso tambien combatirlos. Envio un embajador que pasaba por hechicero; queria llevarlo consigo para que espantase á los israelitas con sus prodijios.

Al dia siguiente Balaan ensilló su burra y partió con ellos. Dios envió un angel que se puso en el camino delante de Balaan para impedirle ir adelante.

La burra viendo al angel que permanecia delante de ella con una espada en la mano, se apartó de su camino y marchó por medio de los campos.

Balaan la pegaba y queria volverla al camino.

El ángel se puso entonces en un sitio estrecho entre dos tapias que encerraban unas viñas.

Viéndolo la burra se pegó contra la tapia y rozó el pié de Balaan, que continuaba castigándola; en fin el pobre animal, se encontró delante del angel y cayó en tierra; su gine-te encolerizado tomó una vara y la pegó con violencia.

El Señor hizo un milagro en esta ocasion, hizo hablar á la burra.

—«Qué te he hecho por qué me has pegado ya tres veces? dijo á su amo.

—«Porque te has burlado de mí, y lo has merecido.

—«Dí, te he hecho yo jamás cosa igual?

—«Nunca.»

Entonces el Señor abrió los ojos á Balaan, y vió á el angel

que estaba sobre el camino con una espada desnuda; le adoró postrándose en tierra.

Entonces animado por el espíritu divino, se acercó al rey Balac, bendijo al pueblo de Israel y le anunció lo que le sucedería en adelante.

Poco tiempo despues los moabitas fueron vencidos.

Por este tiempo, Moises dijo al pueblo:

—«Tengo actualmente ciento veinte años; ya no puedo dirigiros. Josué marchará á vuestro frente, segun las órdenes del Señor.»

Entonces llamó á Josué:

—«Tén ánimo, ten firmeza, le dijo, porque eres el que el Señor á escogido para hacer entrar su pueblo en la tierra prometida. Dios, que te ha elegido, no te abandonará; así, no temas nada.»

Despues de esto, Dios dijo á Moisés:

—«Vas á descansar con tus padres, y dejar este pueblo, que se abandonará y se prostituirá á dioses extranjeros, en el pais que vá á ocupar para habitarlo. Se separará de mí, y quebrantará la alianza que he hecho con él, mi cólera se desencadenará y yo lo abandonaré.»

Entonces Moises subió de la llanura de Moab, sobre el monte de Nebo, enfrente del Jordan. El señor le mostró todo el pais de Galaad hasta Dan, todo Nephtalí, y la tierra de Efrain y de Manases, y el pais de Judá hasta la mar occidental; todo el lado del medio dia, la campiña de Jericó hasta Segor.

Despues dijo:

—«Vé ahí el pais por el cual he hecho juramento á Abraam, á Isac y á Jacob, diciéndoles: Yo daré ese pais á vuestra posteridad. Tu lo has visto con tus ojos, mas no entrarás en él.»

Moisés murió en aquel mismo sitio por órden del Señor, que el mismo lo enterró y desde entonces nadie ha podido hallar su sepultura.

Leed con atencion esta vida de Moises, niños míos, y ved como el santo varon mereció el favor Dios por su piedad, su constancia y su paciencia. Solo, virtuoso, en medio de ese pueblo de Israel tan corrompido y tan pervertido, permaneció fiel á las leyes del Señor, trabajó sin cesar, y jamas salió una queja de sus labios.

Los hebreos por el contrario, se muestran ingratos para con el Señor. Olvidan sus milagros, sus bondades, y sus quejas llegan á ofender al Dios que los protege; la menor privacion los irrita, el mas ligero trabajo los fatiga, se entregan á todo el ímpetu de sus pasiones y obligan al Señor á imponerles terribles castigos. No imiteis esta conducta niños míos; seguid mas

bien el ejemplo de Moisés; confiad en el poder de Dios, amadle, respetadle, y no dudeis jamas de su poder infinito. Estad tambien ciertos de que si castiga á los malos, llena por el contrario de alegría inefable el corazon de aquellos que siguen sus leyes.

LAS AVENTURAS DE UNA BALA.

FABULA.

Después de esto, Dios dijo á Moisés: —
—Vas á descanar con tus padres, y dejar este pueblo.
Por el cañon flamígero lanzada,
Los aires una bala iba cortando
Con mucha mas presteza que contando
Yo os voy esta historia ya olvidada.
Al comenzar ardiente su carrera,
En vano detenerla quiso un duro
Que el espacio cruzaba mal seguro
Con planta rapidísima y ligera.
Al choque de la bala el duro cruge,
Y hendida en dos pedazos la moneda,
Por el espacio presurosa rueda,
En tanto que la bala altiva ruge.
A un granillo de incienso vé la bala
Que conduce ácia ella manso viento,
Y fiera lo deshace en el momento
A pesar del olor que grato exhala.
Mas lejos, un monton de sucio barro.
Pensó embotar su curso presuroso,
Mas saltó el proyectil rauda y furioso,
Rebotando al caer sobre un guijarro.
¿Pero tantos esfuerzos qué alcanzaron?
Aunque valiente y de pujanza llena,
A enterrarse la bala fué en arena,
Y rastros de su curso no quedaron.
Como la bala ligero,
El varon noble y honrado

Acia el objeto anhelado
Camina siempre el primero.

En sus deseos constante,
El vil oro despreciando,
Con pié firme vá marchando
Sin detenerse un instante.

Sin volver el rostro avanza,
Que para él nada son
La hipócrita adulacion.
Y la mentida alabanza.

El inmundo lodazal
De los vicios cruza apriesa,
Como la bala atraviesa
El fétido cenagal.

Mas luego que ha concluido
Su virtuosa carrera,
Qué le dá la suerte fiera?

¡Triste es pensarlo!.. el olvido.

T.



EL REY DE PERSIA.**CUENTO.**

Un rey de Persia que cazaba un día
Seguido de infinitos cortesanos,
En unos secos y arenosos llanos
Agua buscaba pues de sed ardía.

Ni una fuente, ni un pozo allí se veía,
Mas cerca se elevaban muy ufanos
En un bello jardín unos manzanos,
Y un naranjo sus frutas ofrecía.

«El cielo no permita que le toque,
Dijo el monarca al divisar el huerto;
Aunque la sed que sufro me sofoque,
Antes que á él llegar quiero ser muerto.
Si una fruta del huerto yo tomára,
La turba que me sigue lo arrasará!!!»

T.

